



Miguel Barrero
El guitarrista de Montreal



MIGUEL BARRERO

El guitarrista de Montreal

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y
Asociaciones de Libreros).



En 2023 esta obra recibió una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© Miguel Barrero
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 90-2025
ISBN: 978-84-10317-88-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis padres, por la letra y por la música

«I told you when I came I was a stranger.»

LEONARD COHEN

I

599 Belmont Avenue

La Rue Sherbrooke se abrió a principios del siglo diecinueve y traza un eje que cruza Montreal por su mitad. Nace en Westminster Avenue, junto a un paso a nivel tras el que se refugia un pequeño museo destinado a conservar el legado histórico de esta parte de la ciudad, y muere treinta kilómetros al noreste, al pie de una gran rotonda que la conecta con la Rue Notre Dame, allá en el último confín al norte de la isla. Es una de las vías más largas del callejero y debe su nombre a Sir John Coape Sherbrooke, un militar que fue vicegobernador de Nueva Escocia y también gobernador jefe en la Norteamérica británica. Como ocurre con todas las avenidas que aspiran a erigirse en columna vertebral del territorio al que tratan de dar sentido, su recorrido propone una indagación que explora todas las identidades cuya suma arroja la idiosincrasia imperfecta y contradictoria de la urbe. En algunos tramos cobra la apariencia de una apacible calle secundaria de cualquier capital de provincias, en otros se convierte en una gran arteria que aspira a gobernar el caos indomable que se extiende por sus alrededores y hay momentos en los que su calzada se multiplica y se transforma en una suerte de autopista por la que rugen los vehículos en su pugna por entrar o salir de estos predios insulares. A su paso se suceden las urbanizaciones de alta gama, los rascacielos que jalonan el corazón comercial y financiero, parques tan frondosos que por momentos permiten sumergirse en la fabulosa alucinación de que la gran ciudad se ha esfumado para abrir paso a un bosque indómito y también desastradas

parcelas industriales donde conviven naves cuyos tejados exhiben un avanzado proceso de oxidación con automóviles desahuciados que aguardan el momento de experimentar el proceso que terminará por convertir sus carrocerías en chatarra. Se aprecian aquí y allí espacios de transición, intervalos indecisos flanqueados por arquitecturas irregulares que transitan moderadamente entre lo que se acaba de dejar atrás y lo que aún está por llegar, zonas desprovistas de cualquier rasgo de identidad propia, de la menor aspiración, y cuya existencia obedece sólo a la necesidad de cubrir un hueco, de rellenar un agujero abierto en los mapas, de aportar algo de sustancia a esos tramos indecisos y poco memorables que separan lo que ya fue de lo que pronto será.

Es en uno de esos tramos donde inicio esta mañana mi andadura. Me he despertado muy temprano, al igual que todos los días que han venido transcurriendo desde mi llegada a Canadá. En el reloj apenas pasan unos minutos de las cinco de la madrugada, pero en el cielo brilla un sol que a los españoles nos resulta impropio de esta hora. Me he asomado a la ventana y he contemplado la impasibilidad paquidérmica de las torres de viviendas que se alzan en la acera de enfrente, recortadas sus siluetas sobre el fondo del Mont-Royal, ese imponente cerro con tres cumbres en el que nació la ciudad y que tantos años después observa su expansión y sus desvaríos con la indiferente obstinación de un centinela. La Avenue du Parc, tan ajetreada en otros momentos del día, aún es un remanso de silencio, apenas alterado muy de cuando en cuando por el rugido de algún coche o el murmullo lejano de las conversaciones que grupos de turistas entablan diez pisos más abajo, en el porche del hotel. He recorrido un par de veces la habitación y he ojeado uno de los libros que tengo apilados en la mesita de noche sólo por hacer tiempo, para llenar con algo de actividad el inoportuno lapso que media entre mi despertar y el resurgimiento de la vida en unas calles que, pese al prematuro amanecer, no comienzan a desperezarse hasta las siete y media

u ocho de la mañana. Me he demorado en la ducha, y también cepillándome los dientes y eligiendo la ropa que me pondré, tareas que en mi vida cotidiana al otro lado del océano no me ocupan nunca demasiado tiempo, pero en las que aquí me empleo a conciencia mientras dejo que los minutos pasen. He bajado después al amplio y destartalado vestíbulo del hotel —que es en realidad una residencia universitaria cuyos responsables decidieron en algún momento destinar las habitaciones sobrantes al alojamiento de viajeros— y he saludado al recepcionista sin obtener respuesta por su parte, como viene siendo costumbre. Nadie parece ver a nadie aquí, como si se ignorara a conciencia a los forasteros a sabiendas de que son sólo eso, extraños que vienen y pasan unos días y se van luego sin dejar huella perdurable y que tampoco entablarán ninguna relación con este hospedaje al que llegan atraídos por el único aliciente de su precio, muy barato si se tiene en cuenta lo disparatado de las tarifas en los hoteles de la ciudad, al menos para los bolsillos españoles o europeos. Se entiende bien ese abaratamiento de los precios desde el momento que se cruzan las puertas de la recepción: todo está descuidado y sucio, igual que si el negocio no tuviera a nadie al frente y se limitara a sobrevivir por pura inercia; los pasillos de las plantas son tan destemplados y tan lóbregos que podrían confundirse con los de un antiguo hospital abandonado cuyas habitaciones recuerdan conservan el eco agónico del aliento de unos pocos enfermos terminales; los sillones de la sala de espera contigua a la recepción están raídos y desfondados por el peso de tantos y tantos cuerpos como habrán encontrado acomodo en ellos a lo largo de las décadas; los ascensores suben o bajan tarde y a regañadientes, hastiados de una rutina vertical empecinada y cansina; nadie pasa el aspirador por las moquetas ni se molesta en barrerlas siquiera, tan incrustadas están ya en ellas las pelusas y los restos que han venido dejando otros huéspedes; no hay ventanas en las habitaciones, sólo grandes cristalerías que miran hacia la calle desalmada, y la única ventilación procede de un aparato de aire

acondicionado que emite un silbido tenue e irregular como la respiración resquebrajada de un tuberculoso.

He salido a la calle y me ha reconfortado comprobar que el sol aún no aprieta, y luego he echado a andar Avenue du Parc abajo. He cruzado hacia el pequeño centro comercial ante el que se abre un recoleto parque con juegos infantiles y he pasado ante la iglesia de Notre-Dame-de-la-Salette, de la que entran y salen los vagabundos que vienen hasta aquí para hacer uso del servicio de asistencia a personas sin hogar que ha puesto en marcha la parroquia. Llevo varios días viéndolos en mis idas y venidas por la ciudad y soy capaz de reconocer a algunos: hay un grupo de asiáticos que se refugia entre cartones en uno de los portales colindantes, un viejo de barbas blancas que habla consigo mismo en un tono que modula con más o menos agresividad en función de la hora del día, un joven que debe de rondar la treintena y que lleva su cuerpo desnudo bajo una gabardina que abre a veces, no sé si para escandalizar a los transeúntes o por despertar en ellos la piedad que inspira su cuerpo de piel blanquísima, descoyuntado y maltrecho, surcado aquí y allá por cicatrices de tamaños diversos y procedencia incierta. A veces hablan entre sí, a menudo riñen, en ocasiones se enfrascan en peleas que duran menos que un suspiro, como si fueran conscientes de que las fuerzas que les quedan son tan exiguas que no merece la pena derrocharlas en combates estériles. Nunca me han importunado ni los he visto molestar a nadie que, como yo, se aventure en sus dominios o los roce, impelido por la urgencia o por la pereza que le da cambiar de acera, aguardar a que se pongan en verde los semáforos que tardan una eternidad en frenar a los automóviles y en cambio dejan un margen muy estrecho a los peatones para que sorteen la calzada. En algún caso los vagabundos que remolonean junto a las puertas de la iglesia —que no parece tal por sus hechuras, más bien tiene el aspecto de una nave abandonada o un viejo supermercado venido a menos, o a nada; es una de esas construcciones sin historia reseñable que malviven descla-

sadas en el corazón de las ciudades hasta que llega la piqueta y las echa abajo y convierte su recuerdo en una sombra efímera que se va en seguida, en una reminiscencia remota e imprecisa, una mera evocación tan diluida que llega un momento en el que ni siquiera los vecinos más antiguos del barrio alcanzan a recordar qué se alzó exactamente en esa parcela antes de que el tiempo y el olvido hicieran con la solvencia acostumbrada su trabajo— se limitan a observar con mirada inquisitiva, en otros se atreven a aproximarse y, con educación extrema, preguntan si se les puede ofrecer algo de dinero; las más de las veces permanecen indiferentes, como si supieran que a nadie importan y a nadie van a importar nunca, resignados a su papel de figurantes prescindibles en una gran comedia que obvia su presencia o la invalida, como si en realidad no formaran parte de este mundo y fueran únicamente residuos, una mancha fea y molesta que deslucen la pretendida pulcritud de una sociedad que los ignora, si es que no finge que no existen, enrocada en su costumbre de mirar sin ver. Su estampa tenebrista y esperpéntica trenza un nudo entre la indigencia y la locura y es inevitable preguntarse si fue la segunda la causa de la primera o fue la conciencia de saberse desprovistos para siempre de todo lo que alguna vez lograron poseer lo que condenó a sus mentes a un naufragio inexorable. He permanecido aún un rato observándolo desde una de las mesas de madera que pueblan los coquetos jardines del Milton, la cafetería que se abre al otro lado de la calle y en la que a estas horas siempre hay muy poca gente, especialmente hoy que es sábado y no vienen por aquí estudiantes en busca de un café que los espabile antes de acudir a sus clases. He vuelto a mirar el folio que cuelga de una de las paredes y en el que alguien ha impreso las imágenes que la cámara de vigilancia captó durante el último atraco, ocurrido hace unos pocos meses a tenor de la fecha que aparece sobreimpresa, y me he acercado al mostrador para pedir un americano y un *bagel* con mantequilla y mermelada y los he depositado en una bandeja con la que me he acomodado en la terraza.

Durante el desayuno me he conectado a la red inalámbrica y me he entretenido revisando en el teléfono los correos electrónicos que han ido entrando en las últimas horas, porque hace tiempo que ha amanecido en España, y he asistido al progresivo despertar de la ciudad, que en este sábado estival es parsimonioso y ligero, como si nadie sintiera la urgencia de ponerse en marcha, y después me he levantado y he proseguido calle abajo. He echado un vistazo a la pequeña tienda que, encajonada entre dos edificios, luce un amplio cartel que anuncia su apertura durante veinticinco horas al día y ante cuyas puertas se desenvuelve un evidente comercio clandestino de drogas. He pasado después junto al restaurante libanés al que nos hemos propuesto venir a comer algún día, y frente al edificio con trazas de fábrica antigua cuyos bajos acogen establecimientos de índoles diversas, y he llegado finalmente al lugar donde el largo surco que traza en el callejero montrealés la Avenue du Parc pierde ese nombre para recibir el de Rue de Bleury, justamente a partir de su cruce con la Rue Sherbrooke.

La calle aún no ha definido por completo su razón de ser en esta esquina. Viene de lindar con la periferia y se encamina resuelta hacia el corazón de la ciudad, por más que se adivine en este tramo una cierta precaución, como si en el fondo no estuviera segura de adscribirse a los predios de los que más antes que después acabará por formar parte. Hace unos días, en el que fue nuestro primer paseo casi a tientas por los entresijos de Montreal, nos despeñamos por la pendiente que marca la Bleury en su nacimiento y desembarcamos por azar en los vericuetos del barrio chino antes de ir en busca de la parte antigua y del viejo puerto cuyas dársenas se alinean al abrigo del majestuoso San Lorenzo. Era una forma de empezar desde el principio, de aproximarnos a las aguas que surcó en 1535 el explorador Jacques Cartier para acabar dando con una aldea de indígenas iroqueses en la que escuchó rumores sobre la existencia de yacimientos de oro en una isla coronada por una contundente cima que sería bautizada como Mont-Royal.

La historia era falsa: lo que los nativos consideraban oro –en términos literales, parece que lo que dijeron fue que había un «metal brillante», una expresión inconcreta pero lo bastante sugerente como para atraer la curiosidad de aquellos conquistadores ávidos de fortuna y gloria– resultó ser en realidad cuarzo o piritita, pero eso no impidió que el francés clavara allí una cruz en honor de su rey y que ese gesto instituyera el acta fundacional de una ciudad que aún tardaría algunos siglos en desarrollarse como tal. No tomamos entonces la Rue Sherbrooke porque nos alejaba de nuestro propósito, que era recorrer con calma el entramado de plazas, callejuelas y jardines en los que Montreal juega a reproducir a escala las esencias europeas y conforma un paisaje urbano muy distinto del que se abre ante mis ojos ahora que vuelvo a esta esquina de la Avenue du Parc. A mi derecha dejo un supermercado con amplias cristaleras de las que cuelgan carteles en los que se anuncian las ofertas correspondientes, y a medida que avanzo voy observando el crecimiento progresivo en la altura de los edificios. A las cuatro casitas adosadas que en la acera opuesta juegan a conservar la apacibilidad de un modo de vida extinto las sucede el bloque imponente del Hilton Garden, que no oculta su vocación de rascacielos, los nuevos tiempos imponiéndose a los viejos con su ferocidad acostumbrada e irreversible. Hay un contraste notorio entre los dos flancos de la calzada, a la que la ausencia de tráfico dota de una placidez inusual. En el lado derecho, por el que camino, los inmuebles contienen sus vocaciones verticales y ni su apariencia ni sus hechuras difieren demasiado de las de cualquier modesta capital de provincias. En el izquierdo, por el contrario, las torres en las que adivino más oficinas que viviendas imponen una suerte de arrogancia cosmopolita y parecen enfrentarse a la ciudad que aún resiste en la vertiente opuesta de la calle, como si le reprochara su conformidad y la contrapusiera a la ambición que exhibe sin ninguna clase de pudor esta porción del callejero en la que Montreal se sueña a sí misma como un remedo neoyor-

quino. Son estas cumbres de hormigón, cristal y hierro las que perfilan el *skyline* que se ofrece a los visitantes desde el Belvédère Kondiaronk y cuya perspectiva no deja de resultar engañosa en tanto que, al tomarla como una estampa unívoca, se corre el riesgo de interpretar toda la ciudad a partir del santo y seña que estipula una sola de sus partes. A ras de tierra se hace más evidente el contraste: de Sherbrooke hacia el río crece la urbe grandilocuente que exhibe su plumaje antes de dar paso a sus veleidades historicistas; en dirección al interior, en cambio, se extienden calles arboladas, y por tanto generosas en lo que se refiere a esas sombras que tanto se agradecen en medio del bochorno veraniego, en las que se alinean casas unifamiliares de ladrillo y bloques amansados sin otra aspiración que la funcionalidad. En el cuatrocientos cincuenta y cinco, a las puertas del hotel L'Appartement, hay un busto que recuerda a André Mathieu, un pianista al que por su prematuro virtuosismo bautizaron como el Mozart de Quebec y que compuso su obra maestra, el *Concierto n.º 3* para piano y orquesta, cuando contaba sólo catorce años de edad. El público, tan soberano como cruel, le dio la espalda en cuanto llegó a la adolescencia y dejó atrás su condición de niño prodigio y, por lo tanto, su excepcionalidad, aquello que lo dotaba de una peculiaridad excéntrica, que añadía a su talento el aliciente de la prontitud y hacía que la excelencia que caracterizaba sus interpretaciones no fuera tan importante como el hecho de haberla alcanzado con inusitada antelación, a esa edad a la que la mayoría de las personas aún estudian o se preparan para ser algo en la vida, suponiendo que tengan definidas ya sus aspiraciones. Mathieu dejó de ser un niño y también de hacer gracia a la audiencia, que ya no vio en él un exotismo del que enorgullecerse, sino un profesional más que, por bien que tocara el piano, no podía asombrar por sus abolidos rasgos infantiles ni por la pericia de unas manos que habían dejado de ser pequeñas y, en consecuencia, tiernas o entrañables. Se lo admiró más por su precocidad que por su talento, y cuando desapareció la primera y permaneció el segun-

do fue como si éste, en realidad, se hubiese extinguido con ella. De nada le valieron el viaje que emprendió a Europa en su juventud incipiente y plena, y en el que conoció éxitos destacables, ni el entusiasmo con que regresó a una Canadá que no lo aguardaba y no quiso valorar ni su entrega a la causa de la música en su país natal ni su talento. Murió a los treinta y nueve años, también fue prematuro en eso, a causa de un infarto, producido seguramente por las copiosas ingestas de alcohol en que incurrió durante el último tramo de su vida –me pregunto si no estuvo a punto él de convertirse en otro vagabundo similar a los que arrastran sus cuerpos por las inmediaciones de Notre-Dame-de-la-Salette, si no habría acabado engullido, igual que ellos, por las fauces de la locura, preso en una espiral de sordidez y de demencia, invisible para cuantos transeúntes pasaran a su lado sin reconocer al músico genial, al antiguo niño prodigio que ya no era ni una cosa ni la otra, ni niño ni prodigio, sino un rostro irreconocible y oculto tras la maleza de unas greñas y unas barbas descuidadas, un náufrago a la deriva en un mundo que seguía girando sin tenerlo en cuenta, un personaje perfectamente vulgar para quienes se lo cruzaran sin reconocer en su mirada el brillo gastado de sus años lozanos ni distinguir en el tarareo que emitiría constantemente en su ensimismamiento (entreabiertos los labios resquebrajados, la dentadura irregular y amarillenta o ya negruzca juntándose y separándose para dar paso a sílabas ininteligibles y confusas) la melodía de aquel *Concierto n.º 3* que tanta fama y aplausos le reportó en la época en que disfrutó de una gloria que llegó a creer eterna–. Recibió sepultura en el cementerio de Côte-des-Neiges, al parecer bajo una lápida en la que ni siquiera llegó a inscribirse su nombre, y su memoria quedó relegada hasta que en mil novecientos setenta y seis, casi una década después de su fallecimiento, algunas de sus partituras se interpretaron dentro de los fastos de los Juegos Olímpicos. La escultura que lo inmortaliza en la Rue Sherbrooke viene a contribuir a esa impugnación del viejo olvido, aunque no sé hasta qué punto

resulta efectiva. Cuando paso junto a ella, salen del hotel dos parejas de turistas que apenas reparan en su efigie. El busto emerge de un piano de cola sobre el que se apoya una figura que asemeja una clave de sol estilizada y el conjunto se salpica con motivos que quieren recrear la complejidad sonora de las orquestas sinfónicas. Hay una tersura infantil en las facciones con que el escultor ha pretendido perpetuar el recuerdo del rostro de Mathieu, pero también un aire de desencanto en su mirada, de inocencia arrancada a jirones, el aliento interior de unos demonios que acabarían por confabularse con una época hostil para arrastrarlo a los infiernos de la indiferencia, primero, y la inmolación algo más tarde.

Es en la siguiente manzana donde adopta la Rue Sherbrooke una de sus personalidades más distinguidas, el carácter que le confiere ser la sede de una de las cuatro universidades con las que cuenta la ciudad, y acaso la que atesora más prestigio de entre las dos que sirven a su alma anglófona. Igual que si los sucesivos urbanistas se hubiesen esmerado en tejer un hilo que dotara a la calle de una continuidad argumental, los dos edificios que conforman la Escuela de Música Schulich se muestran tan distantes en lo estético que a simple vista nadie diría que forman parte del mismo complejo. El más reciente ocupa la esquina con la Rue Aylmer y sus dimensiones son tan grandilocuentes que no es posible intuir la presencia de aquél que le dio origen hasta que no se sobrepasa su entrada y se llega a una mínima plaza diseñada para enmarcar las pretensiones de la escuela primigenia, un inmueble de apariencia neogótica al que se accede por una breve escalinata y cuyas hechuras son el primer síntoma visible que encontraremos en la avenida de esa querencia de Montreal por retraerse a unos tiempos medievales que no llegó a conocer en ningún momento de su historia aún joven. No se trata de un centro independiente, sino de una facultad asociada a la McGill University, cuyo campus principal, el llamado McGill Ghetto, exhibe su opulencia una cuadra más allá, en torno a un jardín que infunde en los

paseantes una curiosa ilusión óptica. Desde la acera de la Sherbrooke se antoja tan tupido y frondoso como las parcelas que distribuyen los campus de las grandes universidades norteamericanas a los que nos han acostumbrado Hollywood y la literatura, pero cuando uno se adentra en él —como hice yo unos días atrás, cuando regresaba de comprar unas camisas y unas mudas en el Montréal Trust y busqué en sus senderos un atajo hacia el hotel que sólo logré encontrar a medias— descubre sus reducidas y verdaderas dimensiones con un desparpajo que convierte el asombro inicial en una ternura similar a la que despiertan los niños que fingen ser mayores de lo que son realmente, la misma que debió generar el pianista Mathieu entre el público que acudía a presenciar los conciertos cuando tenía esa edad a la que otros tan sólo juegan y se sorprenden ante el descubrimiento progresivo de las bondades y las miserias del mundo. Parece como si los responsables de la institución hubiesen querido condensar todo Oxford en una sola manzana. No es, sin embargo, una impresión justa, o al menos honesta con la trascendencia de la universidad. La McGill, que se fundó en 1821 con el nombre de Royal Institution for the Advancement of Science y perdió esa denominación para homenajear debidamente a James McGill, un hombre de negocios de origen escocés que se convirtió desde el principio en uno de sus principales benefactores, es una de las universidades más antiguas del país y vio desfilar por sus aulas a una docena de alumnos que, andados los años, verían coronadas las trayectorias que iniciaron en sus aulas, o que tuvieron en ellas su preludio, con los laureles del Nobel. La pequeña columnata que separa su recinto de la acera, el llamado Portal Roddick en honor de un antiguo decano de la facultad de Medicina que introdujo el uso habitual de antisépticos en la cirugía, es un modo de señalar esa respetabilidad por la vía de dotar a la parcela de un aura monumental, aunque sea a escala reducida; una forma de sugerir que lo que se encuentra al otro lado está muy por encima de las mundanidades cotidianas; una apelación del nuevo

mundo a las esencias grecorromanas para ver convalidadas sus aspiraciones ilustradas y demostrar que también en este confín del planeta pueden darse logros como los que cimentaron la reputación de los imperios extinguidos, el nuevo continente erigiéndose una vez más en centinela y renovador de la excelencia que el viejo había dejado ir, cada vez más desentendido de su propia historia, de las razones que, en un tiempo cada vez más remoto, lo engendraron.

Pero todo esto ocurre en la acera derecha. La izquierda sigue entregada a sus megalomanías cosmopolitas, cada vez más desprovistas de complejos. Desde el Roddick se aprecia el despliegue de la Avenue McGill College en dirección a la Place Ville Marie, enmarcada tras un gran aro metálico, con su conglomerado de rascacielos, centros comerciales y restaurantes de comida rápida. He trazado el paralelismo con los imaginarios neoyorquinos, pero también podría ser un remedo de la Défense parisina, o la City londinense, o cualquiera de esos epicentros donde las viejas ciudades dan rienda suelta a las ludopatías posmodernas. Pareciera que en este tramo al fin ha encontrado Montreal un modelo al que equipararse, una o varias hermanas mayores con las que medirse por la vía de la imitación escrupulosa y bienintencionada, que será el falso oropel de las grandes urbes estadounidenses o los alocados distritos financieros que encogen y expanden el corazón de las metrópolis lo que a partir de ahora la dote de sentido, pero bastan unos pasos para descubrir que en realidad se trata de un canto del cisne, porque unas decenas de metros más allá todo se repliega sobre sí mismo y se redimensiona y retoma sus esencias o sus precauciones anteriores; los edificios comienzan a perder altura y salvo por algún caso puntual, como la torre que se adivina al girar la vista en el cruce con la Rue Peel, el paisaje se va domesticando y la ciudad abandona su sueño capitalino para adquirir una apariencia acorde con su naturaleza geográfica y estadística. Aparecen mansiones de una o dos plantas que podrían tener un uso residencial o diplomático y

evocan las esencias más nobiliarias de las arquitecturas europeas, el inmueble que acoge las habitaciones del Ritz-Carlton podría sobrevivir en cualquier ciudad francesa como un vestigio sobrio y granítico de su añorada *belle époque* y los aromas más ilustrados o venerables del viejo mundo toman ahora el relevo en esa búsqueda desenfadada de una identidad que se construye a través de la impostación de otras alejadas en el tiempo y el espacio. Hay un edificio de apartamentos al que han llamado Le Château cuya planta constituye una imitación simplificada y algo torpe del Dakota neoyorquino. Una antigua iglesia de tintes neorrománicos acompaña al edificio principal del Museo de Bellas Artes, cuyo frontispicio evoca los preceptos neoclásicos que a su vez bebían de las fuentes grecolatinas, y tras éste se deja ver otro templo, en esta ocasión neogótico y aún encomendado a la liturgia bajo la advocación de San Andrés y San Pablo. Casi como un recordatorio, un rasca-cielos enorme planta cara a una hilera de casitas adosadas en lo que viene a ser una suerte de adiós definitivo, porque a continuación la calle parece cansarse de sí misma y emprende un nuevo rumbo hacia un eclecticismo donde se mezclan gustos, influencias y reflejos de aquí y allá sin un orden claro, al estilo de esas grandes avenidas que algunas capitales comenzaron forjando a golpe de talonario para refugio de las clases más pudientes y que poco a poco se fueron extendiendo gracias a la implantación de sedes diplomáticas, entidades bancarias e instituciones de cierto renombre que encontraron en su trazado una nueva razón para el prestigio. El poeta uruguayo Quintín Cabrera escribió una canción en la que aseguraba que hay calles que se encuentran en las ciudades equivocadas; o, dicho de otro modo, que paseando por determinados rincones uno tiene la impresión de estar en un suelo que conoce porque ya lo ha pisado en otra parte. Al enfilear este nuevo segmento de la Sherbrooke, tengo la sensación de haberme trasladado a la misma Madrid, unas veces al Paseo de la Castellana y otras a las latitudes más septentrionales de Serrano. Hay opulentas

clínicas dentales, inmuebles cúbicos rellenos de oficinas, algún hotel que aún alcanza a rebañar la evidente proximidad del centro geográfico y espiritual de la ciudad. Llama mi atención, en la acera de la izquierda, un edificio que vuelve a presumir de una trasnochada apostura neoclásica. En el centro de su fachada se abre un hueco sostenido por cuatro columnas jónicas, separadas unas de otras por antorchas, y sobre ellas luce una inscripción cuya contundencia solemne me fuerza a detenerme: MASONIC MEMORIAL TEMPLE. Es, según se dice, uno de los monumentos más importantes de la ciudad. Se construyó entre mil novecientos veintiocho y mil novecientos veintinueve a partir de unos planos trazados por John Smith Archibald, dos mil masones vinieron en procesión desde Dorchester Square para participar en la ceremonia de colocación de la primera piedra y hay quienes aseguran que su planta y su alzado no tienen nada que envidiar a los del Lincoln Memorial. Si hasta ahora me he cruzado con poca gente, en este punto del camino apenas veo a nadie. Sólo algunos coches cruzan solitarios la calzada, probablemente en pos de algún paraje periférico donde entretener las horas vacías del sábado o ciertos retiros campestres en los que hallar un anhelado descanso tras los rigores atroces de la semana. El templo tiene sus puertas cerradas y no parece que vayan a abrirse y tampoco yo dispongo de demasiado margen. Me dedico a fotografiar algunas gárgolas, consulto el reloj del teléfono móvil y constato que, si las previsiones que yo mismo he esbozado en la terraza del Milton no fallan, aún me queda un buen trecho antes de llegar a mi destino. Definitivamente, la Sherbrooke se difumina y humaniza a medida que va abandonando el centro. Paso junto a las tapias que custodian lo que la intuición me señala como un internado religioso y que finamente resulta ser el seminario, un edificio mayestático rodeado por un jardín que juega a contagiar al recinto de beatitud y presentarlo como un vergel predispuesto al florecimiento de las almas puras en los límites del corazón de la babilonia quebequesa. Hay luego un parque tupido, una

ilusión de paz y una tibia victoria de la naturaleza sobre las especulaciones urbanísticas, y aunque en el cruce con la Avenue Atwater se finja un afán por recuperar las aspiraciones metropolitanas, todo adopta a partir de aquí unos aires más amables. Infunde serenidad el aspecto reposado del Dawson College, que parece remedar el espíritu y la venerabilidad de las altas instituciones británicas, o eso da a entender que su fachada principal se levante frente a un parque que ostenta el nombre de la reina Isabel. Reparo en que llevo un buen rato leyendo inscripciones en inglés, cosa no muy habitual en una ciudad cuyo núcleo lleva a gala una acendrada condición francófona, y aún tardo unos pasos más en percatarme de que me estoy adentrando en los territorios de Westmount.

He atravesado sin darme cuenta una frontera, y me pregunto qué punto exacto habrá marcado el límite entre la ciudad donde me encontraba y ésta en la que me encuentro ahora, por dónde discurre la línea invisible que ha separado el esto del aquello con la suficiente sutileza como para que la diferencia pase inadvertida a ojos del forastero en un principio y se haga evidente sólo cuando de pronto se constata que hay algo que era y ya no es, sino que fue. El uso del término *frontera* no es gratuito ni obedece al empleo de ninguna licencia poética. Podría decirse, y se dice, que Westmount es un barrio porque en un sentido práctico lo es, pero desde la literalidad más absoluta cabe considerarlo una ciudad adscrita a la gran área metropolitana de la isla. Fue justamente la construcción del Seminario de Saint-Sulpice, a finales del siglo diecisiete, la que dio por iniciada la ocupación de unas tierras que a partir de ese momento conocieron diferentes denominaciones. Una de ellas se perpetúa en el nombre de una calle secundaria que surge unos metros adelante, a la derecha, y que se separa de la Sherbrooke dibujando un suave triángulo de césped presidido por el edificio del ayuntamiento, una suerte de fantasía neogótica diseñada por el arquitecto Robert Findlay que bien pudiera ser la maqueta de un castillo encantado, la simulación de una escue-

la de magos o simplemente una recreación más o menos conseguida de las arquitecturas que salvaguardan la nobleza y el postín de las viejas instituciones británicas. El Chemin de la Côte-Saint-Antoine pasa a su lado y su trazado dibuja poco a poco una amable pendiente en curva flanqueada por coquetos palacetes, discretas sedes eclesiales y jardines públicos y privados cuyos árboles atraen a la brisa en esta mañana que se va volviendo cada vez más calurosa. Tras el edificio consistorial se levanta el de la sinagoga Shaar Hashomayim, con su cúpula de tonos verdosos y una fachada que pretende evocar los frontispicios neoclásicos desde una estética netamente contemporánea. Se van abriendo a la derecha nuevas calles que perseveran en esa búsqueda de una tranquilidad que se habría considerado irreal o inverosímil dos o tres kilómetros antes, cuando todo era aún fulgor y asfalto. En estas manzanas la vida parece transcurrir sin sobresaltos, o al menos aspira a fingir que sus circunstancias pueden confinarse en las páginas pautadas de un cuaderno en el que nadie hará borrones ni conocerá más líneas que las que en él queramos escribir de nuestro puño y letra. En eso radica su razón de ser. Westmount se concibió a sí misma como un gueto privilegiado para las clases pudientes, una suerte de ciudad jardín que atrajo hasta esta zona a algunas de las familias más ricas de la isla para terminar conformando un reducto judío y anglófono al pie de la muy católica y vocacionalmente francesa Montreal. Es un lugar extremadamente apacible, pero en absoluto turístico. No se ven autobuses ni paseantes con bermudas y sombreros de paja y teléfonos móviles en las manos, dispuestos a fotografiar cuanto les salga al paso. Dicen que se conserva por aquí cerca una granja, la Hurtubise House, que es uno de los edificios más antiguos de toda Montreal, pero no parece que su supervivencia despierte demasiado interés entre quienes visitan la ciudad.

Tampoco el mío, si he de ser sincero. Cuando hace unos días me encontraba solventando los trámites más engorrosos

que requería este viaje –las inevitables aplicaciones informáticas que rellenaba para certificar que estaba perfectamente vacunado de la covid, los permisos correspondientes para pisar suelo inglés y estadounidense antes o después de aterrizar en Canadá, los escrutinios meteorológicos para decidir qué ropa debía meter en la maleta (inútilmente, porque se terminó extraviando en algún rincón ignoto del aeropuerto de Heathrow y no he podido recuperarla hasta anoche)– y aprovechaba para rebuscar algo que mereciera la pena visitar en los ratos que me dejase libre el asunto de trabajo que me traía a Montreal, en absoluto figuraba en mis planes el largo paseo por la Rue Sherbrooke –cuya existencia, de hecho, desconocía– ni mi desplazamiento hasta este eje lateral de la gran urbe en busca de un destino en el que ni había pensado. Estoy aquí gracias a un azar que cobró la forma de una leve e inesperada epifanía. El martes al mediodía, después de un largo paseo por la ciudad con el que entretuvimos las horas de aquella mañana aún huérfana de obligaciones y de una primera incursión en el Montréal Trust para adquirir algo de ropa, lo imprescindible para pasar los dos días que teóricamente iban a transcurrir hasta que recuperara mi equipaje extraviado en Londres, intentamos comer en un restaurante italiano de mucho postín –Fiorella su nombre, estaba en el Boulevard de Maisonneuve Ouest y lo recomendaban los viajeros en Internet: buen servicio, mejor comida, decoración coqueta o romántica y ambiente selecto–, pero ni los dos o tres camareros que pululaban por allí ni el malencarado jefe de sala que los vigilaba desde su puesto de mando al pie de una especie de encimera nos dirigieron la mirada cuando atravesamos el umbral y permanecemos de pie junto a la puerta aguardando a que viniese alguien a anotar nuestros nombres y conducirnos a alguna mesa que estuviera disponible de entre las muchas que se encontraban sin comensales. Al cabo de cuatro o cinco minutos sin que nadie nos prestara la menor atención –forasteros que vienen y están unos días, semanas a lo sumo, y se van luego sin entablar relación ni

dejar huella–, abandonamos el local bastante desairados y nos dirigimos a otro establecimiento que también estaba especializado en pizzas, aunque con un aire más desenfadado o informal, en absoluto revestido del oropel del que pretendía hacer gala el otro. Se llamaba éste NO.900 y daban sus ventanales –no nuestra mesa, que se encontraba en la parte interior del local– a las aceras de Peel Street, una calle perfectamente intercambiable por cualquiera de las que conformaban el meollo de lo que la ciudad llama su Golden Square Mile, y sería fácil ahora concluir que fue un designio del destino el que nos condujo hasta allí, porque al poco de sentarnos a la mesa y echar un vistazo a la carta comenzó a sonar por el hilo musical una melodía que durante unas décimas de segundo me resultó confusamente familiar –siempre sucede cuando irrumpen cosas que nos resultan muy queridas pero que llevamos sin frecuentar un tiempo: vuelven a nosotros y la conciencia se toma un lapso mínimo en reconocerlas, como si se abochornara de incurrir en el desprecio del olvido, como si nos preparase para celebrar íntimamente el reencuentro– y que en seguida reconocí y cuyo ritmo comenzaron a secundar mis dedos sobre la mesa. Mi reacción causó extrañeza y tuve que explicar qué canción era aquélla y qué significaba, y al hacerlo caí en la cuenta de algo en lo que, incomprensiblemente, no había reparado hasta ese instante. «¡Él era de aquí!», pensé y dije en voz alta mientras acudían a mi memoria otras reminiscencias –la historia del guitarrista que se sentaba cada tarde a tocar en los bancos de un parque y el modo en que la misma voz cuyo timbre vibraba en los altavoces del restaurante la había relatado algunos años atrás en el escenario de un teatro atestado de público; el encargo que un padre hizo a su hijo y que éste no entendió ni interiorizó ni hizo propio hasta que era ya demasiado tarde, como ocurre demasiadas veces; la tarde de primavera en que acompañé a un antiguo amigo, si es que lo puedo llamar así realmente, a un asentamiento rudimentario en la margen olvidada de un río para emprender la búsqueda del

cantaor Requena, los viajes en el coche de mi padre y aquella música que le pedía que quitase porque inspiraba en mí una mezcla de aburrimiento y miedo, el deslumbramiento adolescente con aquel disco que compré por puro afán coleccionista y cuya primera canción me sumergió en un estado perdido a mitad de camino entre la felicidad y la melancolía—, y esa noche en el hotel me entregué a una primera prospección a la que siguieron otras y cuyo último jalón es el que me tiene encarando la última rampa que me interesa de este Chemin de la Côte-Saint-Antoine que ahora pasa junto a una vasta extensión de césped en la que reconozco lo que unos llaman el Murray Hill Park y otros el Parc King George y prosigue su andadura ajena a una bifurcación que le sale a la derecha y que es la que yo tomo, una nueva subida donde una placa me indica que, tras una hora larga de caminata, al fin he encontrado mi destino.

La casa aparece ante mis ojos en cuanto doblo la esquina que forman el Croissant Belmont y la Belmont Avenue. En realidad, tiene la apariencia de un único edificio compartimentado en dos viviendas, y digo que tiene la apariencia, y no que lo sea realmente, porque los ladrillos del flanco izquierdo se ven distintos de los del flanco derecho, como si hubiesen reconstruido la fábrica original o la hubiesen sometido a una reforma, tal vez ésta consistió en dividir en dos lo que hasta el momento había sido una única casa, no he visto que nadie explicara la cuestión en ningún sitio y tampoco tengo forma de averiguarlo ahora. Me detengo en el porche de la derecha, que es el que lleva el número 599 inscrito en una placa elíptica junto a la puerta, enmarcada en una moldura de madera que le confiere el aspecto de un espejo ajado. Seis escalones conducen hasta un pequeño porche con una terraza en la que no hay mesas ni sillas, y tras la única ventana de la planta baja se atisba lo que parece una sala de estar y, al fondo, la tapa abierta de un piano de cola. Me viene a la memoria la historia triste de André Mathieu, su decepción madura tras el entusiasmo in-

fantil, el fracaso demoledor que sucedió a su éxito temprano y fatal. No puedo vislumbrar nada al otro lado de las cuatro ventanas que se abren en el primer piso. La altura, el reflejo del sol y los juegos de sombras que entretejen los abundantes árboles que pueblan la calle impiden que sea capaz de hacerme siquiera una idea abstracta de la disposición de las dependencias interiores. Tampoco importa mucho, tampoco es que yo sea capaz de explicar muy bien qué hago aquí. Por una calle lateral salgo al parque. La gran pradera baja en cascada hacia mi derecha, perfilando en su descenso una suerte de mirador desde el que se columbra el *skyline* más esmerado de la cosmopolita Montreal, las aguas del San Lorenzo fluyendo bajo el cielo del verano con el desentendimiento con que la naturaleza castiga las osadías de los hombres. Una gruesa red de alambres aísla el perímetro de una pista de tenis en la que a estas horas tempranas están jugando un padre y un hijo. El padre hace un saque, el hijo intenta contrarrestarlo y se equivoca, la pelota cae al suelo, el padre ríe y sermonea en tono jovial, el niño ríe también y se lamenta medio en broma, no parece que sus errores o su impericia o su descuido lo importunen demasiado, no hay por qué, es sábado, hace buen tiempo y seguramente acaben de comenzar las vacaciones. Al otro lado hay un campo de fútbol, separado de la cancha por un edificio de piedra que se encuentra cerrado y cuya función no soy capaz de averiguar. Junto a él charla una pandilla de jóvenes que apenas me presta atención, sólo una mirada vaga de soslayo, como si sintieran más curiosidad que suspicacia al descubrir a un intruso vagabundeando por este lugar que para ellos es parte de su rutina más inocua y para mí constituye una excepcionalidad dichosa, algo parecido a un espacio mítico o sagrado por el que deambulo en busca de algo que no podré localizar. Voy caminando despacio, intentando apresar cada detalle para reconstruirlo luego, cuando anote en mi libreta que esta mañana de sábado, penúltimo día de mi estancia en Montreal, me he acercado al Murray Hill Park, o al Parc King George, con el sobrecogi-

miento de quien visita un santuario. Hay un par de bancos de madera en el extremo de la pista más alejado de Belmont Avenue, hay otros diseminados junto al costado que mira hacia las entrañas de la ciudad. En el respaldo de uno de ellos llama mi atención una pequeña placa resplandeciente y me invade una alegría espontánea e ingenua: quizá, al fin y al cabo, aún sea posible dar con el lugar. Nada más acercarme compruebo que mi optimismo era infundado. Se trata de un recordatorio que alguien ha instalado en homenaje a una mujer que se llamó Betty Yee Toy, *Beloved Wife, Mom and Grandmother*, que falleció el veinticinco de julio de dos mil diecisiete, a la edad de sesenta y ocho años, y cuyos descendientes han querido dejar aquí esta huella de su paso por el mundo, un vano intento de que no se pierda su memoria o de que permanezca al menos el recuerdo de su nombre en este parque en el que imagino que ella habría pasado unas cuantas horas de su vida, o quizá no tanto una invocación de su memoria como una propuesta para que quienes pasemos por aquí y nos encontremos con la placa nos hagamos las inevitables preguntas que emergen de su lectura: qué aspecto tendría esa mujer, en qué empeñó sus casi siete décadas de vida, qué relación la unía a su marido, a sus hijos, a sus nietos, en qué zona del barrio viviría, vendría al parque sola o acompañada de su esposo o con sus amigas, lo recorrería entero o gozaría de un rincón predilecto en el que se detenía a leer o a observar el cielo –quizá este mismo banco, por qué no, es lógico pensarlo si es en él donde quisieron instalar la placa que recuerda su nombre e impide que se desvanezca arrastrado por los oleajes de la desmemoria–, se entretendría en charlas interminables con sus vecinos, se escondería para llorar a veces en alguna esquina apartada o era todo jovialidad y dicha en sus hábitos; cuestiones irresolubles para quien como yo está de paso y sólo se puede extraviar en conjeturas improductivas que, me temo, no son más que subterfugios para evitar reconocer el fracaso de otra búsqueda que, ahora lo sé o lo intuía con una probabilidad muy alta, no arrojará

un resultado preciso. Me siento en el banco contiguo y juego a imaginar que fue aquí, exactamente aquí, donde sucedió todo. Me entrego durante unos minutos a la contemplación silenciosa del parque, del espectáculo de los rascacielos desafiando al río, de ese sol que brilla en lo alto y desparrama un calor salvífico sobre la ciudad que pugna por liberarse de sus pecados. Vuelvo a Belmont Avenue y me detengo otra vez delante del número 599. De una de las casas aledañas sale un vecino. Es un hombre sólo unos pocos años mayor que yo, está calvo y viste una camiseta y unos pantalones cortos, no hay forma de saber si se dispone a hacer deporte o simplemente se ausenta para hacer algunos recados, las compras imprescindibles con las que salvar el fin de semana. Se acerca hacia mí y su mirada denota una curiosidad asemejada a la de los jóvenes que charlaban en el parque. No debe de ser muy habitual encontrarse en esta calle con extraños, ver cómo merodean por aquí personas que no tienen que ver nada con el barrio y a las que se les reconoce en seguida su condición de forasteros. Imagino que desconfía, o que al menos me observa con algunas reticencias, quizá los lugares no se limiten a conservar su propia memoria, puede que además la depositen de un modo intuitivo en quienes los habitan. Pienso que también los antiguos judíos que habitaron estos pagos tuvieron que sospechar cada vez que llegaba un desconocido, quién será ese hombre o esa mujer, qué ha venido a hacer aquí, quiere unirse a nosotros o pretende delatarnos, es enemigo o cómplice, persigue nuestra salvación o viene a traer nuestra condena.

–Is this the house where Leonard Cohen grew up?

Con la pregunta intento desmadejar sus precauciones. Lo consigo. El hombre esboza una media sonrisa en la que también advierto un deje de cansancio –pienso que no soy el primero que viene por aquí y que formula esta pregunta u otra muy similar, puede que él mismo haya tenido que responderla alguna vez, quizá el gesto no era de curiosidad sino de reconocimiento, habrá mitómanos que a lo largo del año se aproxi-

men por aquí en algunas horas muertas, como estoy haciendo yo, o conviertan este lugar en la parada más relevante de toda su estancia en Montreal.

–*Yes, it is* –responde–. *The legend says he used to play guitar there, in the park.*

Extiende el brazo para señalar el camino que se adentra en el Murray Hill como invitándome a que me encamine hacia allí. De su explicación deduzco que no conoce bien la historia, o que no tiene ganas de contármela y prefiere confiarme una versión simplificada hasta la falsedad. Estoy a punto de agradecerle sus atenciones cuando su brazo se gira hacia el coche que permanece aparcado a un lado de la casa.

–*That’s the owner’s car, but it isn’t Leonard Cohen’s car.*

Sonrío para fingir que me ha hecho gracia su chiste.

–*Where are you from?*

–*Spain. I came a few days ago from there.*

–*Oh, Spain, good country.*

Ahora sí, le doy las gracias. Asiente y se va por el mismo camino que me ha invitado a seguir a mí. Me ha parecido inútil explicar que ya he estado en el parque y me parece grosero preguntarle si la casa sigue perteneciendo a la familia Cohen, si aún era de su propiedad cuando él murió o si la habían vendido mucho antes. Sopla una brisa que no es excesivamente generosa, pero cuya elocuencia basta para disipar el calor de esta mañana que avanza ya hacia el mediodía. Antes de girarme para emprender el camino de regreso, en un raptó de sentimentalismo inútil, pienso que sería bonito escuchar de pronto, transportado por el aire, el lamento desgarrado de una guitarra primeriza.

Índice

1. 599 Belmont Avenue	11
2. Letra y música	37
3. Clases de guitarra en tiempos de aislamiento.	81
4. El guitarrista de Montreal.	123
Coda del autor	193